

Cuando el miedo cruza el umbral: repensar la escuela chilena

Juan Pablo Catalán

Profesor e investigador de la Facultad de Educación
Universidad Andrés Bello



Los recientes episodios de violencia en nuestras escuelas, el intento de apuñalamiento en el colegio Etchegoyen de Talcahuano y el ataque con arma de fuego en San Pedro de la Paz, nos golpean con crudeza. Esos jóvenes, que deberían ser estudiantes, hoy son protagonistas de tragedias que exponen la fragilidad de nuestro sistema.

Y es que cuando el Ministerio propone instalar detectores de metales, pareciera que buscamos encerrar el problema en un portón blindado, sin atender lo que realmente ocurre en el corazón de cada alumno que porta miedo, rabia o desamparo.

En Chile, los equipos psicosociales en los establecimientos siguen siendo insuficientes. Menos del 40% de los liceos públicos cuenta con un psicólogo a tiempo completo y la detección temprana de conductas de riesgo es anecdótica. Mientras tanto, se criminaliza al joven agresor ignorando factores tan relevantes como la violencia familiar, el consumo de sustancias o el deterioro de redes comunitarias. Solo al concebir a la escuela como una isla segura, aislada de su entorno, se descuida la prevención integral.

Experiencias internacionales muestran caminos más eficaces. En Colombia, el programa “Escuelas Amigas” integró talleres obligatorios de inteligencia emocional y resolución de conflictos desde básica, involucrando a docentes, familias y organizaciones locales. Tras dos años de implementación en zonas urbanas vulnerables, se observó una disminución del 18% en incidentes de agresión y un aumento del sentido de pertenencia estudiantil (Ministerio de Educación de Colombia, 2023).

En Canadá, la justicia restaurativa ha logrado que víctimas y agresores reparen el daño y asuman responsabilidades, reduciendo la reincidencia. En Estados Unidos, programas de prevención del bullying que combinan capacitación docente, apoyo psicosocial y participación estudiantil han demostrado eficacia para disminuir las agresiones físicas y verbales.

Para revertir la violencia en nuestras escuelas se requiere un enfoque que considere tres ejes. Primero, instaurar un currículo socioemocional que fortalezca la empatía, la autorregulación y la resolución pacífica de conflictos. Segundo, garantizar equipos psicosociales permanentes en cada establecimiento, con psicólogos y trabajadores sociales contratados a jornada completa, así como protocolos claros de derivación a servicios de salud mental. Tercero, incorporar la justicia restaurativa como mecanismo de reparación y diálogo, donde todos los actores educativos —agresores, víctimas y testigos— asuman un compromiso colectivo de convivencia.

Solo así podremos transformar los colegios: de espacios blindados por el miedo a comunidades formativas donde la prevención sea tan prioritaria como la seguridad física. La violencia escolar es resultado de un entramado social: si no lo enfrentamos con políticas integrales y sostenibles, seguiremos atrapados en soluciones parciales que ofrecen visibilidad mediática pero no aprendizaje real. Es hora de repensar nuestras escuelas. La salud mental, la cohesión comunitaria y el fortalecimiento socioemocional de nuestros estudiantes deben ser el verdadero centro de la política educativa.